

SENDEROS PEDAGÓGICOS DE LA ORALIDAD

GOYES N., JULIO CÉSAR. PEDAGOGÍA DE LA ORALIDAD. BOGOTÁ: UNAD, 2002

El poeta, ensayista, profesor e investigador del Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura, IECO, de la Universidad Nacional, Julio César Goyes Narváez ha presentado al público su última obra titulada *Pedagogía de la oralidad*. Ésta es una apuesta simbólica que da cuenta del papel del lenguaje y, específicamente, de la oralidad, en la construcción del tejido y del sentido de lo humano. Desde una perspectiva dialógica e interdisciplinaria se precisa desde la experiencia, la argumentación y la ensoñación **el por qué la escuela tiene que adentrar la mirada-escucha hacia la voz, que se configura en un ritmo fundacional de la existencia humana.**

La magnitud de la jugada simbólica se contextualiza en su propósito central: *“la refiguración de la memoria, los testimonios y la tradición oral, cuyos indicios-histórico culturales son fuente accesible y necesaria para ampliar las evidencias pedagógico-educativas, al tiempo que es imprescindible en nuestro contexto educativo donde la oralidad sigue siendo un eje importante de la producción y transmisión de conocimientos”* (Pág.11). Así el lector no está frente a una compilación de recetas y de ejercicios didácticos; se halla frente a un discurso que expone el papel y las funciones de las historias, los mitos, los cuentos, los juegos, es decir, ante los saberes y las acciones que configuran la *condición humana*.

Es lo humano lo que define este texto. Por su espacio circulan las voces, poemas, juegos, cuentos, leyendas e historias que han nombrado y nombran los deseos, intenciones, percepciones, creencias y representaciones de las comunidades y sociedades. Se precisa, entonces, que si los aspectos que soportan la identidad cultural entraran a ocupar un lugar central en los espacios educativos posibilitarían la edificación de un proyecto estético-ético de nación.

La estructura básica de los cinco capítulos que conforman el texto se define a través del dialogo que entablan la teoría y la praxis. Así los talleres que complementan a cada capítulo están diseñados para que los lectores apliquen, no el “abc” de la lectura, fórmula que no existe en el texto, sino para que exploren y descubran por sí mismos las líneas de fuga que se perfilan en cada uno de estos cinco laberintos.

Al ingresar al **primer laberinto** denominado *Oralidad y Etnoficción*, encontramos una contextualización histórica de la crisis de la palabra. Para ello se muestra la *utilización fetiche* que las culturas conquistadoras hicieron de la escritura como

una forma de legitimar su poder sobre las tierras amerindias. Aquí se precisa que: «*el valor educativo de recuperar y revitalizar estos horizontes de sentido orales tiene que ver con el agotamiento que viene sufriendo la perspectiva de la “verdad y objetividad”*» (Pág.17) conceptos estos asignados al mundo escritural. Si bien se critica la escritura objetivista-positivista que caracterizó a la ciencia tradicional, Goyes ofrece como camino posible, devolverle a la escritura su *cuerpo* y su *voz*. Por ende, más que establecer las diferencias entre lo oral y lo escrito se propone la edificación de puentes que permitan continuidades comunicativas: “*La oralidad permanecerá en nosotros toda la vida, por eso cuando el niño madura, la escritura complementa lo que de abstracción y de ordenación lógica ella no posee*” (Pág. 31)

De esta manera se plantea en el texto que la quiebra de paradigmas oficiales de occidente –la crisis de la modernidad– ha permitido redescubrir el otro lado, un volver a la lógica otra, a lo imaginario, a lo mítico: “*Esta sería la oportunidad de indagar en las estéticas, en las prácticas lingüísticas orales y las cosmovisiones que se hallan en la tradición oral*” (Pág.32) Además, agrega el autor, que esta indagación permitiría descubrir “*el significado y la función de la imaginación poética en la infancia*”. (Pág.32)

El **segundo laberinto**, *Voz y texto narrativo*, adentra al lector en el significado del saber narrativo. Se especifica que las narraciones y los relatos le permiten al ser humano socializarse, compartir sueños, angustias y deseos de transformación del mundo. Por consiguiente edifican las posibilidades del futuro; la construcción de espacios comunicativos que les faciliten hallar o erigir una morada, un hogar posible de vida. De esta manera se precisa que son los mitos y las narraciones los que confieren a los hombres y a las mujeres un sentido de *identidad personal y nacional*.

Por lo tanto, se contextualiza el papel de los mitos en el afianzamiento de los valores morales y de las respuestas a los misterios del universo y de lo posible: “*De manera que el llamado es a las instituciones y en especial a los maestros para que rectifiquen la ausencia de los mitos y llenen ese vacío en su propia formación, aprovechando dicho universo como una herramienta valiosa para la consolidación educativa del niño y del adolescente*”. (Pág. 56) Además los talleres acercan al lector a unos modelos analíticos de los mitos y de los cuentos populares.

El **tercer laberinto**, *Memoria oral e historia de vida*, acerca al lector a la relación entre la **oralidad**, la **memoria** y la **historia**. Así se sustenta cómo la historia oral pone en primer plano el ámbito subjetivo de la experiencia humana: “*Se rescata la vida cotidiana e incursiona en los procesos subjetivos e intersubjetivos de las personas en la construcción de la historia*”. (Pág. 88) Por lo tanto el ingreso en la historia oral le permite al analista percibir de viva voz y de manera contextual, es decir verosímil, las percepciones, representaciones, creencias e imaginarios, que

dan cuenta de las múltiples realidades de los seres humanos. Se destaca la importancia actual de esta forma de indagación de la realidad que rescata la voz de los otros, sus puntos de vista, muchas veces marginados por la historia oficial.

En el **cuarto laberinto**, *Educación y comunicación oral*, continúa ampliándose la concepción dialógica sinestésica de la comunicación. Se amplía la argumentación que sustenta la necesidad de edificación de una *ecología comunicativa* para la infancia. Por ello se enfatiza que la educación es, ante todo, un proceso de comunicación que abre o cierra las ventanas del asombro, de la indagación y la creación de los seres humanos; así, en la comunicación, definen lo que han sido, lo que son y lo que desean ser. De manera central se resalta en medio del *cuarto laberinto*, el lenguaje de la poesía porque es allí donde el niño juega a ser poeta y el poeta juega a ser niño inventor *lúdico-crítico* de las realidades. Por este motivo se precisa que, al hablar de oralidad, estamos hablando de la voz del cuerpo, de ese escenario sensual que también se constituye en un mapa, en un territorio sobre el que se marcan las huellas, de los ríos, de los días y de las noches de los seres humanos. De esta manera, el todo corporal, es el intérprete, acompañante, cómplice del otro.

El **laberinto** que cierra esta propuesta de “lenguaje totalizante” es *El arte de narrar*; en él se precisa la urgencia de diálogo que requiere el mundo icónico con la narrativa de nuestros viejos, esas narrativas que atraviesan la memoria y los sueños de América Latina. Esta urgencia deseosa y necesaria de volver a los mitos, a las historias de vida, a los cuentos, reabrirá los senderos y lugares de creencia en la vida. Aceptar esta invitación le permitiría a los seres curar las heridas que la concepción positivista extrema ha ido originando a la imaginación.

Pedagogía de la oralidad es un libro de ritmo **argumentativo-cotidiano-poético** o **poético-cotidiano-argumentativo** que podría definirse como una invitación humana a abrir las ventanas de la comunicación para que los seres humanos se encuentren y propongan de manera **ética-estética** un mundo posible para la infancia.

Para terminar me gustaría resaltar que el lector se encuentra frente a un texto que, con calidad simbólica, fuerza vital y ensoñación, atraviesa –desde el asombro– los *senderos pedagógicos de la oralidad*.

Wilfredo Esteban Vega Bedoya
Universidad de Cartagena
Bogotá, octubre de 2002